

EDITORIAL

Durante las últimas semanas se ha hecho más notoria la agudización de las pugnas, contradicciones y conflictos entre las distintas fuerzas socio-políticas existentes al interior del país. Mientras los choques armados entre el ejército y la guerilla han seguido asolando las áreas rurales, en las ciudades y especialmente en San Salvador, han aflorado otros tipos de enfrentamientos que también han venido acompañados de no pocas acciones violentas. Así parecen confirmarlo las fricciones creadas entre diversos sectores políticos a raíz del inicio del diálogo entre la Comisión de Paz gubernamental y los representantes del FDR-FMLN; la implementación y nuevas amenazas de huelgas por parte de distintos sectores laborales exigiendo aumentos salariales y mejoras en sus condiciones de trabajo y de vida; el resurgimiento de los escuadrones paramilitares quienes se han responsabilizado por la muerte y secuestro de dirigentes sindicales, profesionales universitarios y una serie de atentados dinamiteros y amenazas en contra de distintas personalidades del país, y las tensas y acaloradas discusiones dentro y fuera de la Asamblea Constituyente en torno a los artículos de la Constitución concernientes al régimen económico.

Este profundo ambiente de incertidumbre que prevalece parece sugerir que no sólo nos encontramos ante al agotamiento y crisis del actual arreglo político de "Unidad Nacional", sino ante la inevitable búsqueda, perfilación y decantamiento del futuro proyecto económico, político y social que privará a mediano plazo en El Salvador.

Lamentablemente, todo parece apuntar a que las soluciones que se busquen al conflicto salvadoreño no pasan por aquellas medidas racionales que traten de encontrar una salida política y pacífica a la convulsa situación y que pongan término a tantos años de injusticia estructural e insatisfacción de las más elementales necesidades básicas materiales y espirituales para la mayoría de los salvadoreños. Por el contrario, los últimos acontecimientos nacionales y regionales, sobre todo aquellos estimulados por la cada vez más agresiva política exterior norteamericana hacia el área Centroamericana y del Caribe, parecen ir fortaleciendo aquellas posiciones intransigentes que abogan por un mayor endurecimiento de las medidas de corte militar y represivas como forma de solución a los problemas nacionales.

Estamos pues, ante un momento muy crítico para la vida de todos los salvadoreños. Debemos entender que es imperiosa la búsqueda de caminos diferentes donde junto al pragmatismo y racionalidad fría de lo que se pueda hacer con nuestra sociedad, haya un acompañamiento de la afirmación de modelos de desarrollo distintos que si bien aún no sepamos de antemano cuál será el final del camino, por lo menos guíen e iluminen nuestros proyectos y actos para afirmar la vida de todos y cada uno de los salvadoreños como el objetivo más importante de nuestra sociedad. A nosotros más que a nadie debe interesarnos la reconstrucción de la confianza, el desarrollo de mecanismos de entendimiento que permitan hacer realidad una síntesis creadora que efectivamente solucione no sólo el conflicto político-militar, sino también los problemas de la vida cotidiana en los más variados aspectos económicos, sociales y políticos.

Es el momento de emprender tareas históricamente necesarias e intrépidas que busquen el reencuentro y la reconciliación de la familia salvadoreña, no el sectarismo, los intereses partidaristas, gremiales y económicos.

La responsabilidad es de todas las fuerzas sociales, políticas, militares y económicas del país. De no realizarse este esfuerzo, la vorágine del desangramiento y la aniquilación seguirán siendo el estigma de aquellos que no han querido comprender la necesidad de la afirmación de la reproducción de la vida por sobre cualquier otro tipo de interés y que el estado de paz implica satisfacción de las necesidades básicas y la aprehensión, tanto teórica, pero fundamentalmente práctica, de que el medio social no sea excluyente para nadie.

San Salvador, octubre de 1983.